



General Ampudia.

III

MONTERREY

La noticia de nuestros desastres se esparció con pasmosa rapidez por todos los ámbitos de la República, produciendo una inmensa sensación de estupor. Había en todos la firme esperanza de un triunfo seguro; se creía que nuestro ejército saldría victorioso en todos los choques contra el enemigo, que lo iríamos haciendo retroceder hacia sus centros del Norte, y aun hubo optimistas que creyeron que pronto ondearía nuestro tricolor pabellón sobre el palacio de Wáshington.

Era que por una parte reinaba una estupenda ignorancia acerca del ejército americano, de sus elementos de guerra, de su organización administrativa y táctica y su aptitud para el combate, del temple de sus soldados y de la inteligencia é instrucción militar de sus jefes, y por otra parte, teníamos un desmedido orgullo nacional, creíamos que nuestro ejército era invencible, estábamos engreídos con los triunfos de la independencia, y que, habiendo vencido á España ante la que se estrelló el primer ejército del mundo, tendríamos que triunfar del ejército yankee, al que se imaginaba

como un montón desorganizado de cobardones sin disciplina ni patriotismo, que huirían como palomas á los primeros tiros ó al ver en manos de nuestros indios las temibles bayonetas!

¡Qué pronto despertó la nación mexicana de tan halagadores sueños y qué pronto nuestro latino orgullo fué sacudido al retumbar las baterías norteamericanas en las trágicas llanuras de Palo-Alto, donde sus cañones batieron impunemente nuestra brava infantería!

¡Fué en verdad un amargo despertar! y después de la noticia detallada de las dos primeras derrotas, hubo de comprenderse toda la inutilidad del valor de nuestras tropas desnudas, mal armadas, apenas mal nutridas, sin equipo, ni artillería, ni trenes, y dirigidas por jefes orgullosos acostumbrados á la anarquía, viviendo de los pronunciamientos, odiándose unos á otros, incapaces de subordinarse á un mando superior delante del ejército contrario integrado por hombres robustos, magníficamente armados, valientes, contentos en el servicio, casi todos voluntarios, dirigidos por generales aptos, obrando armónicamente bajo un plan de campaña bien discutido y estudiado.

Hasta la hora de los primeros desastres no abrió el país los ojos á la triste realidad. Entonces vimos que no estábamos preparados para la guerra, que casi no había ejército nacional, pues no podía titularse así á grupos más ó menos numerosos de hombres obligados por la fuerza á batirse unos contra otros por tal ó cual jefe. La nación yacía en un estado caótico; hervían odios y pasiones en las diversas clases sociales, y el pueblo se desangraba produciendo un extremo debilitamiento. Así pues, los Estados Unidos pudieren

escoger muy á propósito, después de prepararse, el instante de su ataque.

El gobierno mexicano, á la nueva de las derrotas, vaciló mucho tiempo en formarse un plan de defensa, contentándose con quitar del mando del *ejército del Norte* que descansaba en Linares, al general Arista, sustituyéndolo por Mejía, al que se enviaría una división de refuerzo para resistir el avance del general Taylor.

El general Mariano Paredes, elevado á la presidencia de la República por las intrigas infames del clero que prodigaba sus tesoros para que los mexicanos hiriesen á su misma patria haciendo imposible el gobierno de la República, pensó marchar al frente de las tropas que se organizaran en la capital rumbo al Norte; pero después de que empezaron á salir las primeras fuerzas, estalló un nuevo pronunciamiento el 4 de Agosto derribando del poder á Paredes y elevando al funesto Santa Ana.

Nada sería más fatal para el éxito de la campaña que tuviera como director este jefe todo egoísmo, orgullo, ambición, terquedad é ineptitud, que como soldado sólo poseía cualidades de valor y audacia; pero que por lo demás todo lo fiaba á su diz que inspiración, al azar y á su buena fortuna.

Los tristes resultados de esa guerra realzaron hasta la más trágica evidencia, las miserias de este hombre fatal, que tanta sangre, tantas lágrimas, tanto dinero y tanta vergüenza habría de costar á nuestra entonces desdichada patria!

Su primera disposición fué quitar del mando del *ejército del Norte* al general Mejía, entregándolo al general Ampudia.

Desde la época en que aún mandaba Arista, previendo la dirección que tomaría Taylor, se había destacado hacia Monterrey al batallón de Zapadores y la sección de ingenieros, con el objeto de que principiaran á ejecutar las más necesarias obras de fortificación para la defensa de la plaza, hacia la cual había marchado el grueso de las tropas que habían permanecido en Linares, el 9 de Julio. Aquéllas ascendían á 1,800 hombres integrando los siguientes cuerpos: *Infantería*: 1^{er} regimiento, 2^o ligero, 4^o y 10^o de línea, y dos compañías del 6^o, Activos de México y Morelia. *Caballería*: 7^o y 8^o ligero. *Artillería*: 13 piezas. Hacia Tampico se dirigía el batallón Activo de Puebla y el batallón y compañía Guarda-Costa de aquel puerto al mando del general Morlet.

En cuanto arribaron las tropas á Monterrey, se dedicaron todas con la mayor actividad á la continuación de las obras de defensa, mientras llegaba el general Ampudia con las fuerzas que se habían concentrado en San Luis. Cuando éstas se incorporaron, la guarnición ascendió su efectivo á cerca de 5,000 hombres. En Marín se situó un regimiento á la expectativa del enemigo que avanzaba lentamente sobre Monterrey.

Las obras de defensa de la plaza de Monterrey — ciudad situada á la salida de la garganta que atraviesa la Sierra Madre, de la que un ramal la envuelve por el Oriente y Sur, corriendo á su pie el río de San Juan, que podría servirle de foso — eran las siguientes: tres pequeñas fortificaciones abiertas por la gola, capaces de alojar cada una de ciento cincuenta á doscientos infantes, con dos ó tres piezas de artillería. También se cubrieron con dos líneas de parapetos y fosos, las calles centrales que ven á aquel rumbo. Del

lado del Norte, se construyeron dos flechas dispuestas para contener cada una de cincuenta á sesenta hombres.



General Arista.

Á la izquierda de estas flechas, en el Puente de la Purísima, se levantó una obra irregular según lo per-

mítia la localidad. Detrás de esta línea, se cubrieron igualmente con parapetos las calles que desembocaban á ella. Fuera de la ciudad, siempre al Norte, en el llano y al rededor de los muros de una Catedral empezada á construir, se levantó un fuerte cuadrado, con baluartes. Esta obra, á la que se le dió el nombre de Ciudadela, era la única fortificación seria que había en Monterrey. Algo adelante del punto en que concurrían prolongándolas, las líneas que pasaban por las obras del Norte y del Este, se construyó un fortín de forma irregular cubriendo una *tenería*, cuyo nombre llevó. Por el rumbo del Oeste, á la salida para el Saltillo, sobre las alturas, á uno y otro lado del camino, había dos obras avanzadas, de poca importancia. En el cerro llamado del Obispado, estaba la más formal, que consistía en una especie de bonete que miraba á la ciudad, y en una pequeña flecha colocada sobre un crestón, situado á la espalda del edificio del Obispado, y que lo dominaba. Tomado este crestón, el Obispado estaba perdido; porque la obra que miraba á la plaza de nada serviría. Sin duda, el ingeniero que la trazó, se propuso que cuando la plaza se perdiera continuaría defendiéndose el Obispado, sin sospechar siquiera que el enemigo pudiera atacar aquel punto antes de penetrar á la plaza. La otra obra era un simple reducito cuadrado sin fuegos flanqueantes, construído sobre Loma Blanca, incapaz en su aislamiento de ofrecer una resistencia formal. Se le llamó Fortín de la Federación. Las calles que desembocaban al Oeste, también se cortaron con parapetos y fosos. Hacia el Sur, solamente había parapetos en las calles que daban al río.

El 13 de Septiembre, el ejército americano se avistó

en Papagallos con las avanzadas mexicanas que retrocedieron concentrándose aquél cerca del río San Juan, á 25 millas de Monterrey.

Ese mismo día, reunió el general Ampudia una junta de guerra para dictar las disposiciones convenientes á la defensa, dando por resultado que se abandonasen las obras de fortificación que se construían entre la Ciudadela y el cerro del Obispado, continuándose sólo las de estas dos posiciones, la del reducto de la *tenería* y las trincheras del interior de la ciudad.

La actitud del general Ampudia era en extremo vacilante, cuando más necesaria era la energía y la tenacidad en un plan bien determinado; pero muy al contrario, cambiaba sus disposiciones de un día á otro. Así fué cómo en un principio optó por tomar la ofensiva y salir briosamente á atacar al enemigo batiéndolo en un punto á propósito, encerrándose en Monterrey en caso desgraciado. Después abandonó este plan resolviendo reducirse á una actitud absolutamente defensiva, contra todos los preceptos de la ciencia de la guerra, que condena este sistema.

En efecto, fué absurdo y hasta vergonzoso haber dejado avanzar tranquilamente al enemigo, sin hostilizarle, sin inquietarle en lo más mínimo, pudiendo haber sorprendido con frecuencia sus flancos y retaguardia, ó haberle cortado sus comunicaciones. Nada de eso se hizo; nuestra caballería presencié impávida la entrada de un escuadrón norteamericano al punto de los Alacranes, sin haberse disparado un solo tiro.

El día 19 de Septiembre, se presentó el enemigo delante de la plaza principiando al instante sus reconocimientos, partiendo desde la Ciudadela los pri-

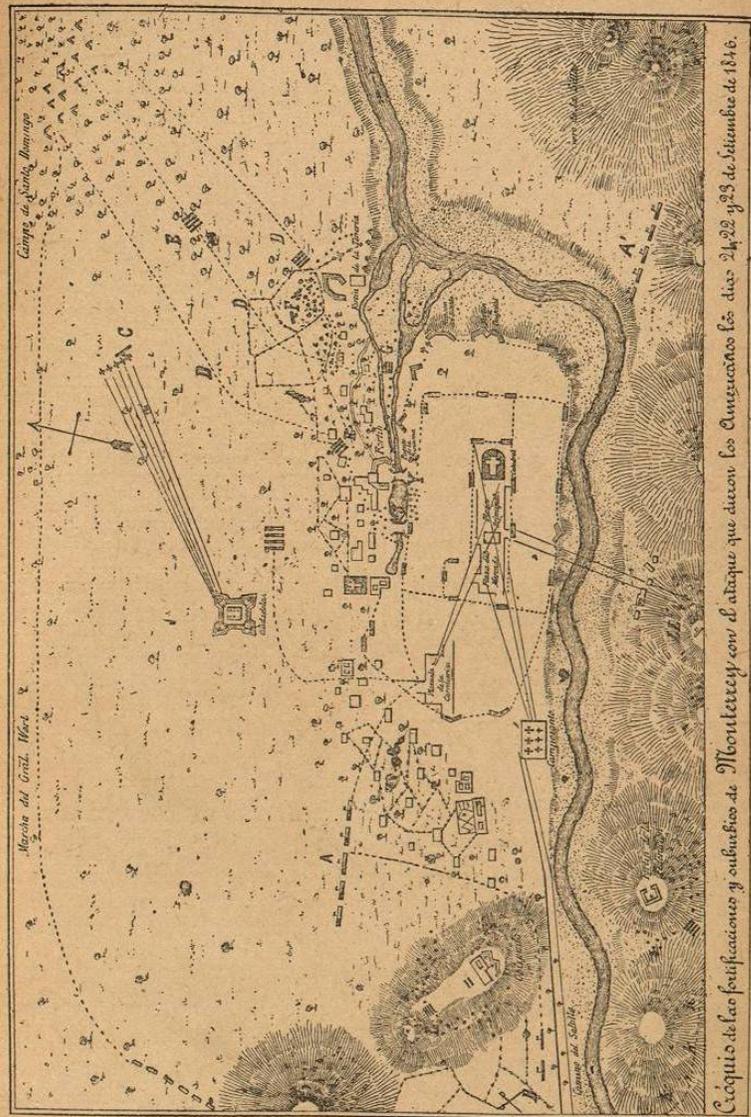
meros cañonazos que pusieron en alarma la población.

Al toque de Generala, las tropas tomaron las armas y ocuparon los puntos que se les designó para su defensa. Se formó una reserva compuesta de los batallones *Aguascalientes* y 3º y 4º *Ligeros*. Esta debía obrar en combinación con la caballería, cuya fuerza debería á su vez atender á los lugares donde fuese más vivo el combate para entrar en acción á primer orden.

El día 20 continuaron los reconocimientos del ejército americano, protegidos sus ingenieros por partidas de caballería que recorrían las inmediaciones de la ciudad. En la tarde de ese día, una columna al mando del general Worth, con varios carros y artillería, se dirigió por la espalda del Obispado hacia el camino del Saltillo, con el objeto de cortar las comunicaciones con aquel punto. Parte de nuestra caballería se dirigió á impedir aquel movimiento, en tanto que del Obispado se cañoneaba á la columna en marcha. La noche se pasó á la expectativa de recio combate.

Durante ella, ante la prudente advertencia de un oficial de ingenieros, se reedificó con toda actividad el Fortín de la tenería, que se había derribado en virtud de absurda orden del jefe director de las obras de defensa.

Al amanecer del día 21, la columna del general Worth se puso en marcha dirigiéndose rumbo al río, con objeto de tomar el Fortín de la Federación, situado al Sureste de la ciudad. Nuestra caballería, al mando del general Torrejón, intentó cortarle el paso, cargando á sable y lanza sobre aquella fuerza compuesta de buena y sólida infantería. Esta hizo alto tras unas milpas y «CERCAS» de árboles y piedras, desde donde rompió



un fuego ordenado, vivo y certero, que desorganizó á los cuerpos de dragones mexicanos, detenidos por los obstáculos del terreno. En vano el general Don Manuel Romero hace esfuerzos inauditos por abrir un portillo por donde pasar para caer sobre el enemigo; su fuego diezma la mexicana tropa, en tanto que el comandante de los *Lanceros de Jalisco* cae muerto al frente de sus valientes. El teniente coronel Mariano Moret, que pudo llegar al frente de cincuenta Lanceros de Guanajuato hasta la terrible línea de hierro y fuego de los americanos, hace atroz carnicería, lanza en ristre, hasta quedar aislado en la refriega, muertos sus bravos soldados, y él sólo, herido, llega intrépidamente hasta los mismos cañones enemigos, donde, rota su lanza, tira de la espada y acuchilla, heroico y sublime, á los americanos, desconcertados en aquel punto por tan valiente carga... Luego, vuelve bridas y regresa á galope, cubierto de sudor, polvo y sangre, yendo á reunirse con el resto de la caballería que no pudo cargar... ¡Había recibido en su cuerpo, caballo y montura quince balas!

No pudiendo resistir más el fuego, se retiró la caballería, dejando el campo cubierto de despojos.

De nuevo, la impericia de nuestros jefes había sacrificado numerosas víctimas. ¿Por qué no se observó el campo antes de ejecutar la carga, para no lanzarse á ciegas sin conocer los obstáculos que puedan presentarse?

¡Deplorable falta de previsión! Las pocas veces en que nuestros generales se decidían á tomar la ofensiva, lo hacían así, de un modo brusco y desordenado, prodigando inútilmente valor, esfuerzo, fatigas y existencias!

Rechazada la carga, el general Worth siguió su marcha sobre el Fortín de la Federación, donde había un destacamento de 80 hombres con dos cañones en mal estado. La plaza no le mandó auxilio alguno, y atacado por toda una brigada, batido por una batería fué tomado por el enemigo, tras débil resistencia.

